

Tipologías básicas en el proceso de enamoramiento y formación de parejas

TERESA SANCHEZ SANCHEZ
Profa. de Ciclos Evolutivos de la Familia
Universidad Pontificia. Salamanca

1. INTRODUCCION

Siempre que nos planteamos el cometido de estudiar críticamente un fenómeno tan universal como el amor, nos asalta la impresión de estar profanando un misterio inefable y sublime, una esencia cuasi-religiosa. Parece que todo acercamiento objetivo y analítico al pilar en que reposa el fundamento de los contactos interpersonales y de donde brota la vida y su continuidad, habría de ser forzosamente prosaico, narrativo (anti-lírico) e incluso pérfidamente reductivo. Este es el escollo por el cual el enamoramiento, como otrora la sexualidad, ha quedado globalmente fuera de la consideración científica y como campo abonado a la poesía y a la locura.

Los científicos lo eluden, los profanos opinan sobre él y algunos pensadores osados se han aventurado a desglosar el componente misterioso del enamoramiento en mecanismos, actitudes y taxonomías que son patrimonio de la psicología social, mecanicista, cognitiva o dinámica. En suma, el contenido de nuestro trabajo pretende despojar el estudio del enamoramiento de su hermetismo natural sin por ello adolecer de una excesiva desmitificación del fenómeno amoroso.

Algunos consideran obsoleta la institución matrimonial, llegando a proponer variopintas fórmulas de «matrimonio abierto» (cf. O'Neil,); otros hablan de la caducidad de la pa-

reja como forma de anquilosar rígidamente el brote «eroico» del amor, en cuanto suprema ansia de expresión libre del afecto, pero en cualquier caso pocas personas se han sustraído a alguna experiencia en sus vidas que hayan podido diagnosticar de enamoramiento.

En un análisis tan cáustico como el que aparece en «El nuevo desorden amoroso», se puede leer la persistencia del afán amoroso como concordancia universal de las motivaciones humanas, pese a que su plasmación difiera transculturalmente e, incluso, interpersonalmente:

«Sólo en un mundo desdichado puede ser tan obstinado el deseo de ser feliz, y la felicidad debe tomar indefectiblemente la forma de la quietud acolchada, de la intimidad celular; quiero la pareja para que exista un exterior y un interior, para pasar por la calle sin sufrir por el anonimato (...), para escapar a la inseguridad, para aislarme, en una palabra, de la paranoia social» (P. Bruckner y otro, 1977, 157).

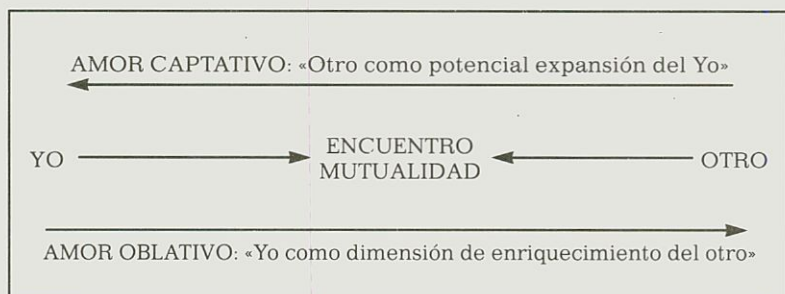
2. NATURALEZA DEL SENTIMIENTO AMOROSO

Quizá la palabra *amor* sea una de las que revista mayor amplitud semántica en nuestra lengua. Se aplica indistintamente a multitud de fenómenos que abarcan desde la esfera de mayor espiritualidad —amor de Dios—, a la sublimación —amor al arte o a la cultura—, a la relación filial —amor de madre— y a la eminente y exclusiva manifestación del deseo sensual, entre otras. Puesto que vamos a ceñirnos al enamoramiento prototípicamente heterosexual y a los pródromos de la relación amorosa de identificación propiamente dicha, vamos a eliminar toda referencia a las formas y procesos afectivos en los cuales la sexualidad esté vetada (ley del incesto padres/hijos), sublimada (amor artístico o platónico), inhibida en cuanto al fin (amistad) o, sencillamente, no exista (v. gr. el compañerismo laboral).

A nuestro entender, el sentimiento amoroso es resultado de tres elementos amalgamados: afecto, aceptación recíproca y atracción sexual. La elección de objeto puede producirse fundamentalmente arrancando de dos polos: el *Otro* o el *Yo*. Cuando lo que prevalece en la elección del amado es el yo,

hablamos de amor *captativo*, cuando lo que prima es el otro, aludimos al amor *oblativo*.

En el amor captativo el «otro» tiene importancia en cuanto le atribuimos cualidades idealizadas capaces de dar satisfacción y completar nuestros propios deseos y necesidades narcisistas. En el amor oblativo, el yo propio está suspendido, en una suerte de sugestión hipnótica, en el olvido de sí, y consagrado a la magnificación de las cualidades del amado y a la realización de su placer. El primero gira en torno al egocentrismo, el segundo pivota sobre una cierta enajenación. Podemos representárnoslo del siguiente modo:



Por consiguiente, la naturaleza captativa u oblativa se refiere a sendas formas de generación del enamoramiento, si bien ambos cauces confluyen en el transcurso del proceso en la *identificación* como dimensión estable, profunda y permanente del encuentro. La *mutualidad* y reciprocidad culmina los procesos de enamoramiento, dando a ambos una unidad fusiva que supera y trasciende las motivaciones individuales:

«La experiencia apoya lo que Freud había sostenido ya, a saber: que la elección del cónyuge se orienta en dos sentidos principales: se pide al otro que nos aporte lo que nos falta, que sea en cierto modo nuestra muleta, nuestro complemento; y se le pide que sea también una parte de nosotros mismos, de lo que hemos sido, de lo que somos o de lo que quisiéramos ser. Pero entonces, se le pide al compañero que asuma tanto nuestra imagen idealizada como la parte de nosotros mismos que rechazamos; por lo tanto, a la vez, nuestra imagen positiva y nuestra imagen negativa» (G. Torfjman, 1981, 118).

Lo que venimos aduciendo no es, en realidad, más que una trasposición de lo que Freud consideraba caminos alternativos en la elección de objeto, a saber: conforme al tipo nar-

cisista (predominio del yo: amor captativo) y conforme al tipo anaclítico (predominio del objeto: amor oblativo). En «Introducción del narcisismo» (cf. S. Freud, 1914, o.c. II, 2026), el fundador del Psicoanálisis especifica que el hombre se enamora *en* el otro de algunos rasgos de sí mismo —lo que uno es, lo que uno fue, lo que uno quisiera ser, la persona que fue una parte de uno mismo—, o bien espera *del* otro características que eran propias de sus primitivos objetos amorosos: los padres (he aquí la formación de pareja según el modelo repetido de la madre nutriz o del padre protector).

Los caminos abiertos ante sí —narcisista y de apoyo—, en sus formas patológicas extremas pueden degenerar en *colusiones narcisistas*, cuando se atrofia o anula la idiosincrasia de la pareja en una desmedida utilización del otro como prolongación o incensario a la propia personalidad (el otro como simple *espejo*), o en *colusiones orales*, cuando la propia dependencia frente a la fascinación y poder ejercido por el otro sobre mí llega a atrofiar o anular los límites de mi individualidad y autonomía, llegando el sujeto a adoptar posturas infantiles, receptivas y serviles (cf. J. Willi, 1975).

Sea como fuere, algo inherente a la experiencia de enamoramiento es la sobreestimación del objeto, bien por atribuirle cualidades excelsas que configuran una prolongación ideal de nosotros mismos, bien porque lo consideramos dotado de bienes de los que carecemos y que, por tanto, pueden completarnos. Es decir, sea porque expanda nuestra identidad, sea porque la complete, la expectativa del Otro amado conduce a la inefable ceguera amorosa, tan conocida por los especialistas como por los profanos. Así dice Freud, en el capítulo intitulado «Enamoramiento e hipnosis» de su obra «Psicología de las masas y análisis del Yo», que:

«Dentro de este enamoramiento nos ha interesado desde un principio el fenómeno de la 'superestimación sexual', esto es, el hecho de que el objeto amado queda sustraído en cierto modo a la crítica, siendo estimadas todas sus cualidades en más alto valor que cuando aún no era amado o que las de personas indiferentes» (S. Freud, 1920, o.c. III, 2589).

3. NACIMIENTO DE LA EXPERIENCIA DE ENAMORAMIENTO

La revelación súbita del «estoy enamorado» no es, a juicio de T. Reik, más que un *insigth* (toma de conciencia), el emergente de un complejo estado mental y emocional que se ha desarrollado previamente a nivel inconsciente en su mayor parte. El complicado proceso latente se ha desenvuelto en el interior del sujeto como estado persistente de «falta», carencia, incompletud, debilidad o desamparo. La situación interna de necesidad y «falta básica» afectiva —en terminología de M. Balint— abre las puertas al prójimo. Cuando tal privación se hace sentir en el sujeto, se diseña la huella de una depresión como subestimación de sí y el trazo subsiguiente de un anhelo, el de alguien que nos devuelva algún crédito en nosotros mismos y la esperanza de un valor que está cuestionado. El amor nos defiende, así, de la enfermedad depresiva, de la destrucción de la propia estimación. El surgimiento del amor es un S.O.S. que lanza el sujeto en un momento crítico de su vida, una forma de curar o de prevenir el desfondamiento melancólico, el narcisismo defensivo, el abatimiento y la soledad:

«Lo que nos impulsa al amor es un esfuerzo para huir del descontento interno» (T. Reik, 1944, 46).

Es esta mengua de la propia autoestima la que desencadena el proceso psicodinámico que aboca en el amor como un esfuerzo por disolver el automenosprecio y recobrar la dicha, los paraísos perdidos. Vienen al caso unos versos de Luis Cernuda, consagrado poeta del deseo:

«Y la antigua tristeza ya deshace,
desde el candor primero gravitando,
la amargura secreta que nutría»

(De *Egloga, Elegía, Oda*, 1927-1928).

No es sorprendente que el enamorado, al saberse deseado y anhelado por el amado, experimente una sensación hipomaniaca de euforia, contento y relativa incertidumbre. No puede acabar de creerse que sea tan afortunado, que le haya pasado a él, que él sea el elegido, que haya podido sobrevivir anteriormente sin tal alimento de dioses, que lo anodino de su

suerte anterior se haya disipado como una nube de verano. En definitiva, no se cerciora por completo de que él, anhelo puro, con tan exiguos dones y en semejante estado de deterioro de la autoestima pueda ser ensalzado, codiciado y revalorizado por el deseo del amado/a. Pues si nada valía, ¿cómo puede merecer semejante lotería?

La distorsión de valores reales, capacidades y necesidades, origina la expectativa ilusionante de que el otro nos depare aquello que constituye nuestra indigencia:

«Es en el área del engaño donde se instala el amor, capaz de convencer al otro de que está en condiciones de completarme, mientras que lo que me falta también a él le falta» (M.-M. Krajsman, 1986, 48).

Se diría que el enamorado no busca las perfecciones reales; más bien las teme. Ama las perfecciones que crea, las que supone.

Ahora bien, ¿por qué y cuándo sentimos necesidad de enamorarnos?, ¿cuándo aumenta nuestra disponibilidad al amor?

En los términos «económicos» de la metapsicología freudiana, el enamorado cristaliza el estado previo de predisposición depresiva y de inflación narcisista; un estado en el que ya la excesiva concentración de libido sobre el Yo no encuentra adecuada salida. De este modo, el amor surge como «*negativo del narcisismo*» (Cf. P. F. Villamarzo, 1989). A este preciso momento es al que Stendhal califica de «*tiempo de cristalización*», y la literatura y el lenguaje común de «*flechazo*». La elección del otro es un proceso que nunca depende del azar, aunque muchos rostros susceptibles de ser amados pasan de continuo a nuestro lado sin que los reconocamos ni descubramos como fin de trayecto en nuestra búsqueda. Tampoco es algo que dependa de la reflexión y la deliberación (todos sabemos lo caprichoso, arbitrario y en ocasiones inconveniente de la elección con arreglo a los parámetros deseables y a los clichés alimentados en nuestro interior sobre las características «ideales» de nuestro objeto que, más tarde, en nada se parecen a las presentadas por el objeto real elegido). Surge como algo ineluctable, como poderosa atracción en la que sólo se adivinan confusas motivaciones, irracionales casi siempre, con las que el análisis factorial suele estar enmascarado:

«Aunque en apariencia imprevisible, el flechazo pone fin a una espera, a una búsqueda, a una disponibilidad. Implica la presencia en nosotros de un modelo interior y de un ideal imaginario» (G. Tordjman, 1981, 115).

Cuando emerge y lo nombramos, cuando desistimos de resistirnos a la evidencia, el amor se consagra como catalizador y fermento de nuestras cuitas y posee una realidad y un presente. Se configura como el guión de una trayectoria común que paliará nuestras insuficiencias, vulnerabilidad o traumas precedentes. El amor en sus inicios, un himno a la vida y a la magia, un sortilegio que hace esfumarse la desidia, que congrega y solidariza en unidad concreta y con nombre una búsqueda anónima. Nos cubre de poder el amor, y pisamos firme en la calle cuando creemos habernos adueñado de las capillas donde habita la hondura del desamparo de otra persona. Diríamos con M. Klein que si el amor es una defensa, es en todo caso una defensa superadora, constructiva y reparadora.

4. IDEALIZACION - COMPENSACION: ALTERNATIVAS EN LA ELECCION DE OBJETO

La literatura psicoanalítica ha prestado particular atención al enamoramiento que se produce por idealización, en detrimento de otras eventuales alternativas. El propio Freud le concede una importancia capital haciendo recaer sobre el enamoramiento la función de procurar un beneficio narcisista al propio yo:

«Reconocemos, en efecto, que el objeto es tratado como el propio yo del sujeto y que en el enamoramiento pasa al objeto una parte considerable de libido narcisista. En algunas formas de la elección amorosa llega incluso a evidenciarse que el objeto sirve para sustituir un ideal propio y no alcanzado del yo. Amamos al objeto a causa de las perfecciones a las que hemos aspirado para nuestro yo y que quisiéramos ahora procurarnos por este rodeo para satisfacción de nuestro narcisismo» (S. Freud, 1921, o.c. III, 2590).

De este modo, concluye que el objeto pasa a ser amado por cuanto representa al ideal del yo, siendo éste a su vez el heredero del narcisismo primario. En virtud del mecanismo

de proyección desplazamos al objeto las características que componen nuestra personalidad ideal para, luego, acabar (re)encontrándolas en el otro. Idea que reproduce T. Reik cuando alega que:

«El objeto se convierte ahora en receptáculo de todos los valores. La imagen adquiere vida en la persona amada... Termina hallando la perfección que no pudimos alcanzar en nuestro interior en esta segunda personalidad» (T. Reik, 1944, 58).

Metáforas y mitos de enorme fuerza y universalidad como los de Narciso y Pigmalión expresan la idea de que el amado, merced a nuestra idealización, acaba siendo nuestra segunda personalidad. Algo ya intuido por Platón con el mito del hermafrodita y por el lenguaje popular con la gráfica imagen de la «media naranja». La pareja de enamorados deviene para el extraño en una personalidad de doble faz, el Jano bifronte, la síntesis fusiva de una dualidad que, separada, aparecía como incompleta e inacabada. La idealización presente en el enamoramiento es inestable, intensa y transitoria (cf. J. Palacín, 1985), conoce toda la gama emocional que va desde los más sutiles tormentos al más refinado éxtasis, y contrasta con la vivencia del amor consolidado, más estable, permanente y profundo.

P. F. Villamarzo, estudioso y sistematizador de la obra maestra de T. Reik *El amor visto por un psicólogo*, ha desgranado los sentimientos y mecanismos de defensa que van imbricando la trama inconsciente del proceso dinámico del enamoramiento. Surcando las páginas de Reik y de Villamarzo se llega a comprender parte del misterio al que aludíamos en la Introducción, basándonos ante todo en la idealización como piedra angular del desarrollo amoroso. Los sentimientos y mecanismos que apuntalan el enamoramiento son, y por este preciso orden, desde su origen —la depresión narcisista— los siguientes según la clara sistematización de Villamarzo:



En lo que se refiere a los elementos interpuestos entre la idealización (del) y la identificación con el amado, hay que decir que la *admiración* del objeto es algo completamente natural habida cuenta de la idealización con que le hemos adornado y enriquecido. Esa admiración explica el sentimiento de pequeñez e insuficiencia que el enamorado incipiente tiene en relación al amado. Constituye una apreciación parcial y personal que no precisa del consenso de los otros. Lo admirable del objeto es para mí una condición esencial, mientras que para los otros puede ser discutible.

Para Reik, el reverso de la admiración es la *envidia*, la codicia celosa que aspira a poseer las virtudes que observamos en el objeto: su belleza, su inteligencia, su simpatía, etc. Resolver la envidia es un paso necesario para no caer en el desastre melancólico de la autoconmiseración o en el no menos funesto recelo paranoide de los agravios comparativos. No es extraño que la envidia conduzca a una inconsciente animadversión u *hostilidad* hacia la persona que todo lo posee, que todo lo puede, que tanto hemos magnificado. El odio, la hostilidad, es, así, el último baluarte en caer antes de llegar a la identificación. A menudo precede fenomenológicamente el odio al amor y también es casi siempre su reverso —aquello en que acaba una relación amorosa frustrada o frustrante—. Tan inseparables son el amor y el odio que ya es clásica la expresión psicoanalítica de ambivalencia y afortunada, aunque menos conocida, la neológica fórmula de J. Lacan «hainamoration» (odio-amoramiento).

La *formación reactiva* o, más bien, la transformación en su contrario del sentimiento de odio viene a intensificar los sentimientos positivos, venciendo las emociones de envidia, posesión y hostilidad y transformándolos en una corriente de ternura y deseo. Es, por tanto, un mecanismo de superación que consigue imbricar y salir triunfante de las emociones destructivas previas.

En la cúspide del proceso emerge la *identificación* como sentimiento de encuentro, fusión o mutualidad en la diada amorosa. Cuando tal sentimiento se hace patente ya es imposible resistirse a su rotundidad. Sólo cabe una dulce rendición a la evidencia, deponer las prevenciones y recelos. El enamorado cesa de resistirse al amor como riesgo existencial de perderse en el otro y se afana en saciarse del otro, empresa de la conquista digna de encomio por su audacia, exaltación, valentía y constancia. Ahora ya no hay obstáculo lo bastante grande para hacer desistir al enamorado de su empeño. En este momento, el enamorado aparece como alguien dotado de talento y fuerza extraordinarios y de una resistencia a las dificultades fuera de toda medida. Al fin está curado y enriquecido, plétórico por el reencuentro y la incorporación del ideal del yo depositado en el amado y que ahora vuelve a poseer. Si la manía se define como la confusión entre yo y el ideal del yo, entre el ser y el querer ser, tal es la situación del enamorado: el empacho maniaco de la dicha de poseer todo cuanto se ambiciona:

«El enamoramiento tiende a la *fusión*, pero a la fusión de dos personas diferentes. Para que exista se necesita la diversidad y el enamoramiento es una voluntad, una fuerza para superar esta diversidad que, sin embargo, existe y debe existir. La persona amada interesa porque es portadora de una propia inconfundible especificidad» (F. Alberoni, 1979, 40).

La vía de la idealización del otro como réplica del propio ideal del yo y, por consiguiente, de características narcisísticas, es probablemente la más frecuente. No obstante, otros psicólogos de tendencia psicosocial han estudiado el amor como *compensación* de atributos. Es la teoría de la complementariedad amorosa, o de la compatibilidad de oposiciones como prefieren llamarla otros (cf. G. Tordjman, 1981).

La alternativa de complementariedad o compensación es la que puede extraerse del pensamiento de E. Fromm. Para

este autor, el amor es una facultad que poseemos y debemos explorar, bucear y desarrollar cual si se tratara de un aprendizaje artístico. Su meta es trascender la propia separatidad y aislamiento, superar el solipsismo narcisista en una nueva dimensión en la que el otro y yo creamos algo distinto. Pero el amor no es auténtico si no se fundamenta en el reconocimiento y la aceptación respetuosa y cuidadosa de las diferencias. El «Otro» como segunda persona (narcisismo) de nuestra identidad no es válido:

«El amor sería la penetración activa en la otra persona, en la que la unión satisface mi deseo de conocer» (E. Fromm, 1956, 38).

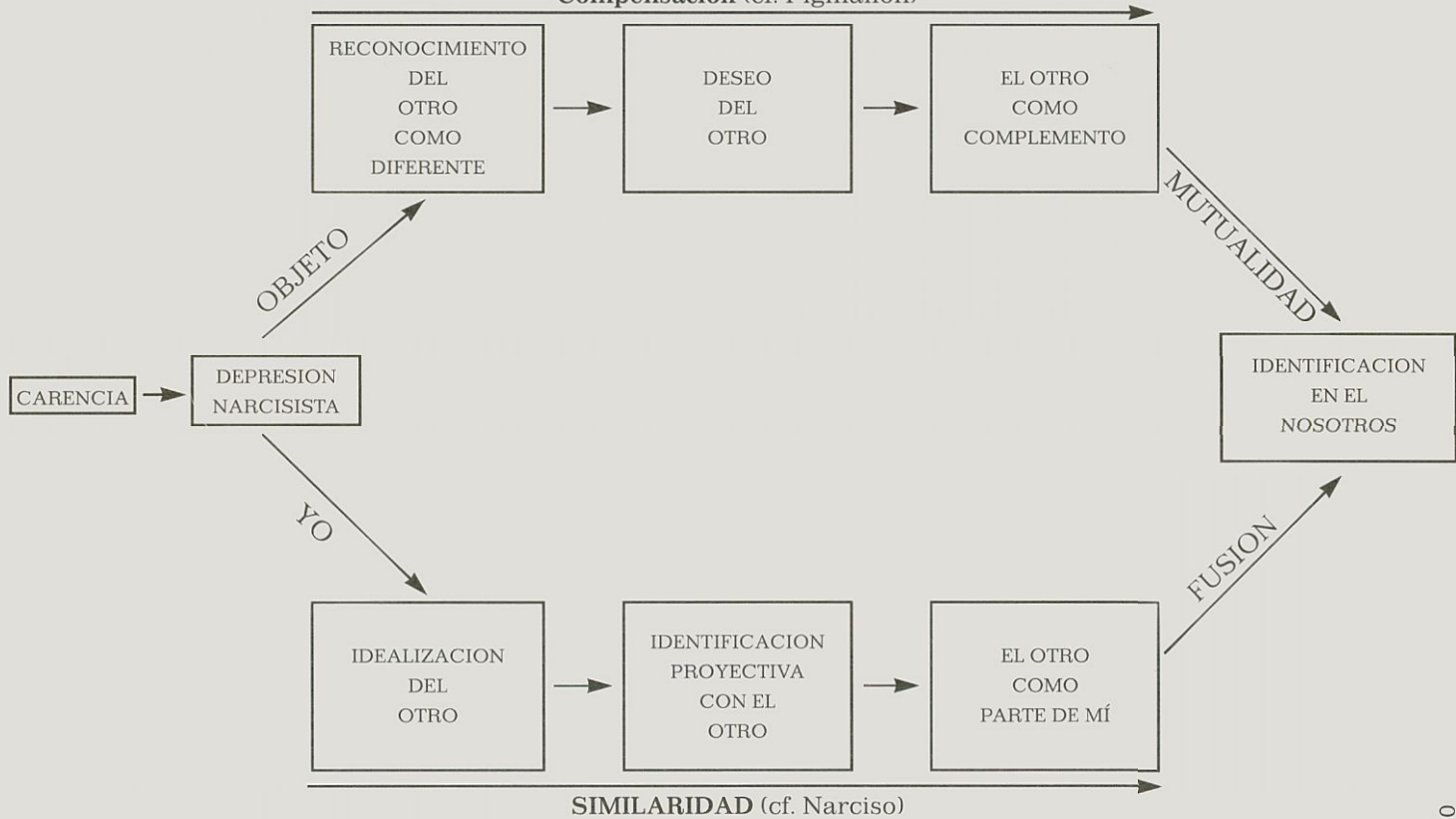
K. Menninger (1942), por su parte, piensa que lo que se espera del amor se muestra en la mutua compensación de necesidades y se expresa mediante el intercambio de ideas o el goce común de algún placer. A. Imbasciati (1978) concibe el enamoramiento como expresión de una capacidad madura para la dádiva y el respeto. Para que el enamoramiento sea cabalmente exitoso y perdurable no deben alentarse confusiones simbióticas en los intereses de uno y otro, sino reconocimiento de lo que es distinto y al mismo tiempo amado. La confusión de identidad y la expectativa de similaridad entre los miembros de una pareja enamorada engendran sospecha, desconfianza y persecución por cuanto lo diferente del otro se entiende como amenaza para la supervivencia de lo común.

F. Alberoni (1979) atribuye a la compatibilidad de las diferencias la estructura categorial del estado naciente de enamoramiento. A través de él se busca otra perspectiva de la verdad y la autenticidad. Gracias al diálogo los amantes pretenden el mutuo reconocimiento, la aceptación y la comprensión intuitiva y profunda, la aprobación de lo singular y la rendición de lo que se ha sido o se es. Una experiencia en la que, según Alberoni, cada uno da según sus posibilidades y recibe según sus necesidades, pero donde no se concibe una contabilidad mercantilista de los dones. En el toma y daca del enamoramiento no puede haber un balanceo de rentabilidades e inversiones, sino apertura y flexibilidad. De otro modo, el amor se agostarí:

«Hacer reconocer su deseo por el otro, desear el deseo del Otro, desear ser deseado, éstas son las raíces en que se ori

TIPOLOGIAS FUNDAMENTALES DE ENAMORAMIENTO

Compensación (cf. Pigmalión)



gina la dependencia del sujeto con relación al deseo del Otro» (M. M. Kraizman, 1986, 90).

5. CONCLUSION

Vemos que, según se tome la vertiente del yo o la vertiente del otro como ejes de los que parte el impulso al enamoramiento, tenemos un tipo de elección de objeto basado en el desdoblamiento narcisista (amor captativo) o en la averiguación y deseo de lo complementario (amor oblativo). La primera de las formas parte del anhelo de similaridad, la segunda del anhelo de conocimiento del secreto del otro, es decir: de la complementación no-narcisista.

No hay duda en que una y otra forma concuerdan en el momento final: la *identificación en el nosotros*, el amor como tarea común. La teoría freudiana y reikiana del proceso de enamoramiento ha sido tratada y corroborada experimentalmente por E. W. Mathes y C. L. Moore (1985), y la teoría de la complementariedad en la interacción amorosa igualmente se ve avalada por multitud de trabajos de la psicología social sobre atracción interpersonal (Cf. G. Pastor).

Lejos de enemistarse ambos presupuestos, se auxilian mutuamente. Cuando un sujeto, decaído y con escasa valoración de sí mismo se enamora o «conoce» lo diferente de otro, no hace sino dar el primer paso para recobrar el autoamor que otrora se negaba, eso sí: devuelto y acrecentado a través del amor que se ve capaz de suscitar y prender en el ánimo del amado. La red de idealizaciones y compensaciones, como un bumerang, teje sus mallas en un camino de doble dirección cuyo punto de partida se sitúa en un casi-cero y llega a un casi-infinito. En el momento en que ambas llamadas de los ideales proyectados se cruzan, se produce la identificación. Los fantasmas depresivos son entonces conjurados y se sueñan eternidades de dicha.

BIBLIOGRAFIA MANEJADA

- ALBERONI, F. (1979): *Enamoramiento y amor* (Gedisa, 1988).
BRUCKNER, P. y FINKIELKRAUT, A. (1977): *El nuevo desorden amoroso* (Anagrama, 1979).

- FREUD, S.: (1914) *Introducción del narcisismo* (Obras Completas II, 1973); (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo* (Obras Completas, III, 1973).
- FROMM, E. (1956): *El arte de amar* (Paidós, 1988).
- IMBASCIATI, A. (1978): *Eros y Logos* (Herder, 1980).
- KRAJZMAN, M. M. (1986): *El lugar del amor en el Psicoanálisis* (Nueva Visión, 1988).
- LORENZ, K. (1965): *El comportamiento animal y humano* (Plaza y Janés, 1985).
- MATHES, E. W. y MOORE, C. L.: 'Reik's complementary theory of romantic love', *Journal of Social Psychology*, 125 (1985) 321-27.
- MENNINGER, K. (1942): *Amor versus Odio* (Monte Avila, 1970).
- PALACIN, J. (1985): 'Evolución psicológica de la pareja', en *La Familia: Una visión plural*, (U.P.S. 1985).
- REIK, T. (1944): *El amor visto por un psicólogo* (Paidós, 1967).
- SCHEFLEN, A. E.: 'Regressive one-to-one relationships', *Psychiatric Quarterly*, 34 (1960) 692-709.
- TORDJMAN, G. (1981): *La pareja: Realidades, problemas y perspectivas de la vida en común* (Grijalbo, 1988).
- VILLAMARZO, P. F. *Curso general de autores psicoanalíticos. Theodor Reik* (ISEF, Madrid 1986).
- *Cursos sistemáticos de formación psicoanalítica* (Marova, 1989).
- WILLI, J. (1975): *La pareja humana, relación y conflicto* (Morata, 1985).

SUMMARY

The article which the reader has in his hands is an attempt at a synthesis of the two major currents of thought which have provided the backbone of psychological study concerning the phenomenon of heterosexual love. After briefly placing the theme in a deserved scientific context, the essential characteristics of the unconscious process which culminates in generating love, are studied. This process has as its point of arrival the identification of the lovers, but is a process which has selectively followed a path of narcissistic attraction or complementary ablation.